

SANTO TOMÁS DE AQUINO: UNA VISIÓN DE LA RAZÓN HUMANA AMPLIA Y CONFIADA

«Hoy quiero continuar la presentación de santo Tomás de Aquino, un teólogo de tan gran valor que el estudio de su pensamiento fue explícitamente recomendado por el concilio Vaticano II en dos documentos, el decreto *Optatum totius*, sobre la formación al sacerdocio, y la declaración *Gravissimum educationis*, que trata sobre la educación cristiana. Por lo demás, ya en 1880 el Papa León XIII, gran estimador suyo y promotor de estudios tomistas, declaró a santo Tomás patrono de las escuelas y de las universidades católicas.

»El motivo principal de este aprecio no sólo reside en el contenido de su enseñanza, sino también en el método adoptado por él, sobre todo su nueva síntesis y distinción entre filosofía y teología. Los Padres de la Iglesia se confrontaban con diversas filosofías de tipo platónico, en las que se presentaba una visión completa del mundo y de la vida, incluyendo la cuestión de Dios y de la religión. En la confrontación con estas filosofías, ellos mismos habían elaborado una visión completa de la realidad, partiendo de la fe y usando elementos del platonismo, para responder a las cuestiones esenciales de los hombres. Esta visión, basada en la revelación bíblica y elaborada con un platonismo corregido a la luz de la fe, ellos la llamaban «nuestra filosofía». La palabra «filosofía» no era, por tanto, expresión de un sistema puramente racional y, como tal, distinto de la fe, sino que indicaba una visión completa de la realidad, construida a la luz de la fe, pero hecha propia y pensada por la razón; una visión que, ciertamente, iba más allá de las capacidades propias de la razón, pero que, como tal, era también satisfactoria para ella. Para santo Tomás el encuentro con la filosofía precristiana de Aristóteles (que murió hacia el año 322 a. C.) abría una perspectiva nueva. La filosofía aristotélica era, obviamente, una filosofía elaborada sin conocimiento del Antiguo y del Nuevo Testamento, una explicación

*”del mundo sin revelación, por la sola razón. Y esta racionalidad
”consiguiente era convincente. Así la antigua forma de “nuestra filo-
”sofía” de los Padres ya no funcionaba. Era preciso volver a pensar la
”relación entre filosofía y teología, entre fe y razón. Existía una “filo-
”sofía” completa y convincente en sí misma, una racionalidad que
”precedía a la fe, y luego la “teología”, un pensar con la fe y en la fe.
”La cuestión urgente era esta: ¿son compatibles el mundo de la racio-
”nalidad, la filosofía pensada sin Cristo, y el mundo de la fe? ¿O se
”excluyen? No faltaban elementos que afirmaban la incompatibili-
”dad entre los dos mundos, pero santo Tomás estaba firmemente con-
”vencido de su compatibilidad; más aún, de que la filosofía
”elabora sin conocimiento de Cristo casi esperaba la luz de Jesús
”para ser completa. Esta fue la gran “sorpresa” de santo Tomás, que
”determinó su camino de pensador. Mostrar esta independencia entre
”filosofía y teología, y al mismo tiempo su relación recíproca, fue la
”misión histórica del gran maestro. Y así se entiende que, en el siglo
”XIX, cuando se declaraba fuertemente la incompatibilidad entre
”razón moderna y fe, el Papa León XIII indicara a santo Tomás como
”guía en el diálogo entre una y otra. En su trabajo teológico, santo
”Tomás supone y concreta esta relación entre ambas. La fe consolida,
”integra e ilumina el patrimonio de verdades que la razón humana
”adquiere. La confianza que santo Tomás otorga a estos dos instru-
”mentos del conocimiento —la fe y la razón— puede ser reconducida a
”la convicción de que ambas proceden de una única fuente de toda
”verdad, el Logos divino, que actúa tanto en el ámbito de la creación
”como en el de la redención.*

*» Junto con el acuerdo entre razón y fe, se debe reconocer, por otra
”parte, que ambas se valen de procedimientos cognoscitivos diferen-
”tes. La razón acoge una verdad en virtud de su evidencia intrínse-
”ca, mediata o inmediata; la fe, en cambio, acepta una verdad
”basándose en la autoridad de la Palabra de Dios que se revela. Al
”principio de su Summa Theologiae escribe santo Tomás: “El orden
”de las ciencias es doble: algunas proceden de principios conocidos
”mediante la luz natural de la razón, como las matemáticas, la geo-
”metría y similares; otras proceden de principios conocidos mediante
”una ciencia superior: como la perspectiva procede de principios
”conocidos mediante la geometría, y la música de principios conoci-*

*”dos mediante las matemáticas. Y de esta forma la sagrada doctrina
”(es decir, la teología) es ciencia que procede de los principios conoci-
”dos a través de la luz de una ciencia superior, es decir, la ciencia de
”Dios y de los santos” (I, q. 1, a. 2).*

*» Esta distinción garantiza la autonomía tanto de las ciencias
”humanas, como de las ciencias teológicas, pero no equivale a sepa-
”ración, sino que implica más bien una colaboración recíproca y
”beneficiosa. De hecho, la fe protege a la razón de toda tentación de
”desconfianza en sus propias capacidades, la estimula a abrirse a
”horizontes cada vez más amplios, mantiene viva en ella la búsqueda
”de los fundamentos y, cuando la propia razón se aplica a la esfe-
”ra sobrenatural de la relación entre Dios y el hombre, enriquece su
”trabajo. Según santo Tomás, por ejemplo, la razón humana puede
”por supuesto llegar a la afirmación de la existencia de un solo Dios,
”pero únicamente la fe, que acoge la Revelación divina, es capaz de
”llegar al misterio del Amor de Dios uno y trino.*

*» Por otra parte, no sólo la fe ayuda a la razón. También la
”razón, con sus medios, puede hacer algo importante por la fe, pres-
”tándole un triple servicio que santo Tomás resume en el prólogo de
”su comentario al De Trinitate de Boecio: “Demostrar los funda-
”mentos de la fe; explicar mediante semejanzas las verdades de la fe;
”rechazar las objeciones que se levantan contra la fe” (q. 2, a. 2).
”Toda la historia de la teología es, en el fondo, el ejercicio de este
”empeño de la inteligencia, que muestra la inteligibilidad de la fe, su
”articulación y armonía internas, su racionabilidad y su capacidad
”de promover el bien del hombre. La corrección de los razonamientos
”teológicos y su significado cognoscitivo real se basan en el valor del
”lenguaje teológico, que, según santo Tomás, es principalmente un
”lenguaje analógico. La distancia entre Dios, el Creador, y el ser de
”sus criaturas es infinita; la desemejanza siempre es más grande que
”la semejanza (cf. DS 806). A pesar de ello, en toda la diferencia
”entre Creador y criatura existe una analogía entre el ser creado y el
”ser del Creador, que nos permite hablar con palabras humanas sobre
”Dios.*

*» Santo Tomás no sólo fundó la doctrina de la analogía en sus
”argumentaciones exquisitamente filosóficas, sino también en el
”hecho de que con la Revelación Dios mismo nos ha hablado y, por*

»tanto, nos ha autorizado a hablar de él. Considero importante recordar esta doctrina, que de hecho nos ayuda a superar algunas objeciones del ateísmo contemporáneo, el cual niega que el lenguaje religioso tenga un significado objetivo, y sostiene en cambio que sólo tiene un valor subjetivo o simplemente emotivo. Esta objeción resulta del hecho de que el pensamiento positivista está convencido de que el hombre no conoce el ser, sino sólo las funciones experimentales de la realidad. Con santo Tomás y con la gran tradición filosófica, nosotros estamos convencidos de que, en realidad, el hombre no sólo conoce las funciones, objeto de las ciencias naturales, sino que conoce algo del ser mismo: por ejemplo, conoce a la persona, al "tú" del otro, y no sólo el aspecto físico y biológico de su ser.

»A la luz de esta enseñanza de santo Tomás, la teología afirma que, aun siendo limitado, el lenguaje religioso está dotado de sentido —porque tocamos el ser—, como una flecha que se dirige hacia la realidad que significa. Este acuerdo fundamental entre razón humana y fe cristiana se aprecia en otro principio fundamental del pensamiento del Aquinate: la Gracia divina no anula, sino que supone y perfecciona la naturaleza humana. Esta última, de hecho, incluso después del pecado, no está completamente corrompida, sino herida y debilitada. La Gracia, dada por Dios y comunicada a través del misterio del Verbo encarnado, es un don absolutamente gratuito con el que la naturaleza es curada, potenciada y ayudada a perseguir el deseo innato en el corazón de cada hombre y de cada mujer: la felicidad. Todas las facultades del ser humano son purificadas, transformadas y elevadas por la Gracia divina.

»Una importante aplicación de esta relación entre la naturaleza y la Gracia se descubre en la teología moral de santo Tomás de Aquino, que resulta de gran actualidad. En el centro de su enseñanza en este campo pone la ley nueva, que es la ley del Espíritu Santo. Con una mirada profundamente evangélica, insiste en que esta ley es la Gracia del Espíritu Santo dada a todos los que creen en Cristo. A esta Gracia se une la enseñanza escrita y oral de las verdades doctrinales y morales, transmitidas por la Iglesia. Santo Tomás, subrayando el papel fundamental, en la vida moral, de la acción del Espíritu Santo, de la Gracia, de la que brotan las virtudes teologales y morales, hace comprender que todo cristiano puede

”alcanzar las altas perspectivas del “Sermón de la Montaña” si vive
”una relación auténtica de fe en Cristo, si se abre a la acción de su
”Espíritu Santo. Pero—añade el Aquinate— “aunque la gracia es más
”eficaz que la naturaleza, sin embargo la naturaleza es más esencial
”para el hombre” (Summa Theologiae, I-II, q. 94, a. 6, ad 2), por
”lo que, en la perspectiva moral cristiana, hay un lugar para la
”razón, la cual es capaz de discernir la ley moral natural. La razón
”puede reconocerla considerando lo que se debe hacer y lo que se debe
”evitar para conseguir esa felicidad que busca cada uno, y que impo-
”ne también una responsabilidad hacia los demás, y por tanto, la
”búsqueda del bien común. En otras palabras, las virtudes del hom-
”bre, teologales y morales, están arraigadas en la naturaleza huma-
”na. La Gracia divina acompaña, sostiene e impulsa el compromiso
”ético pero, de por sí, según santo Tomás, todos los hombres, creyen-
”tes y no creyentes, están llamados a reconocer las exigencias de la
”naturaleza humana expresadas en la ley natural y a inspirarse en ella
”en la formulación de las leyes positivas, es decir, las promulgadas por
”las autoridades civiles y políticas para regular la convivencia huma-
”na.

» Cuando se niega la ley natural y la responsabilidad que impli-
”ca, se abre dramáticamente el camino al relativismo ético en el
”plano individual y al totalitarismo del Estado en el plano político.
”La defensa de los derechos universales del hombre y la afirmación
”del valor absoluto de la dignidad de la persona postulan un funda-
”mento. ¿No es precisamente la ley natural este fundamento, con los
”valores no negociables que indica? El venerable Juan Pablo II escri-
”bió en su encíclica *Evangelium vitae* palabras que siguen siendo de
”gran actualidad: “Para el futuro de la sociedad y el desarrollo de
”una sana democracia, urge pues descubrir de nuevo la existencia de
”valores humanos y morales esenciales y originarios, que derivan de
”la verdad misma del ser humano y expresan y tutelan la dignidad
”de la persona. Son valores, por tanto, que ningún individuo, nin-
”guna mayoría y ningún Estado nunca pueden crear, modificar o
”destruir, sino que deben sólo reconocer, respetar y promover” (n. 71).

» En conclusión, santo Tomás nos propone una visión de la razón
”humana amplia y confiada: amplia porque no se limita a los espa-
”cios de la llamada razón empírico-científica, sino que está abierta a

*”todo el ser y por tanto también a las cuestiones fundamentales e irrenunciab-
”nunciab-les del vivir humano; y confiada porque la razón humana,
”sobretodo si acoge las inspiraciones de la fe cristiana, promueve una
”civilización que reconoce la dignidad de la persona, la intangibilidad
”de sus derechos y la obligatoriedad de sus deberes. No sorprende
”que la doctrina sobre la dignidad de la persona, fundamental para
”el reconocimiento de la inviolabilidad de los derechos del hombre,
”haya madurado en ambientes de pensamiento que recogieron la
”herencia de santo Tomás de Aquino, el cual tenía un concepto altí-
”simo de la criatura humana. La definió, con su lenguaje rigurosamente
”filosófico, como “lo más perfecto que hay en toda la
”naturaleza, es decir, un sujeto subsistente en una naturaleza racion-
”nal” (Summa Theologiae, I, q. 29, a. 3).*

*»La profundidad del pensamiento de santo Tomás de Aquino
”brotaba —no lo olvidemos nunca— de su fe viva y de su piedad fer-
”vo rosa, que expresaba en oraciones inspiradas, como esta en la que
”pide a Dios: «Concédeme, te ruego, una voluntad que te busque,
”una sabiduría que te encuentre, una vida que te agrade, una perse-
”verancia que te espere con confianza y una confianza que al final
”llegue a poseerte».*

(Benedicto XVI, “Catequesis durante la
audiencia general del miércoles 16 de junio de
2010”).